



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

***Vínculos familiares y su relación con la
transmisión generacional***

Modalidad de Trabajo: Monografía

Docente Tutora: Prof. Agr. Rosa Zytner

Docente Revisor: Prof. Adj. Claudia Martínez

Octubre, 2016

Montevideo-Uruguay

Estudiante: Chichet Villalba Laura

4.005.457-0

Resumen

El vínculo con otros es una parte protagónica de lo que nos hace devenir como sujetos, y la familia es el vínculo primario.

La situación de desamparo en la que llega el infans al mundo obliga a que otro satisfaga las necesidades primordiales de éste, y es, a medida que se satisfacen dichas necesidades, que se crea un campo de significación muy propio del ser humano.

La familia es la encargada de introducir al bebé al orden exterior, y como tal, también será la encargada de transmitirle la cultura.

En esta transmisión, el grupo familiar irá paulatinamente imprimiendo al recién llegado los modos de actuar, pensar y sentir, y a su vez, irá teniendo un lugar en este complejo entramado.

De este modo, la transmisión resulta inherente al ser humano siendo, este proceso, en gran parte inconsciente.

Las distintas obras consultadas enfatizan, en su mayoría, la transmisión de aspectos traumáticos. En el presente trabajo se realiza una revisión de los textos priorizando fundamentalmente lo relacionado a la transmisión que la familia, y luego la cultura realizan en el sujeto. Se incluirán aquí: los discursos, ideologías, creencias, legados, nombres propios, valores, lo permitido y lo prohibido, por nombrar solo algunas formas de transmisión.

Para ejemplificar los conceptos trabajados a lo largo de la monografía se utiliza el mito de Edipo de Sófocles, dado que se considera un ejemplo muy elocuente de complejo funcionamiento familiar, donde lo no sabido trastoca los lugares que los distintos personajes ocupan en la familia.

Palabras clave: Vínculo; Familia; Transmisión generacional

Índice	Pág.
1. Introducción.....	5
2. Concepto de vínculo, y más allá de éste.....	6
3. La familia: vínculo primario.....	9
3.1 La lengua.....	12
3.2 La representación: una ausencia de presencia.....	15
4. Transmisión generacional: consideraciones teóricas.....	16
5. El vínculo familiar: institución que vehiculiza la transmisión.....	22
5.1 El contrato narcisista al que el sujeto debe advenir.....	26
5.2 La subjetividad y su relación con el otro social-cultural.....	28
6. El mito de Edipo pensado desde el vínculo familiar y la transmisión generacional	29
7. Conclusiones.....	33
8. Anexo.....	37
9. Referencias bibliográficas.....	39

*Del cisne nace un cisne,
de la semilla de un pino,
un pino parecido.*

Un legado persistente nos construye.

*En las manos llevo
un pasado que ignoro.*

*Me habita el rostro un gesto
que será de otros cuerpos.*

*Me acerco al mar para sentirlo,
revivo ahora un silencio
que hace siglos que para
la mirada de un hombre.*

Soy alguien que fue

*Charles Duarte, El silencio
(Rivero, 2014, p. 3)*

1. Introducción

“La familia como matriz intersubjetiva del nacimiento a la vida psíquica, es particularmente interpelada en toda investigación sobre ese pasaje obligado de la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones” (Kaës, 1998, p. 193).

El objetivo del presente trabajo monográfico es estudiar los vínculos familiares y lo transmitido de generación en generación, desde el punto de vista psicoanalítico.

La elección del tema tiene su fundamento en el entendido que la familia como vínculo primario del sujeto tiene a su cargo la transmisión de la cultura, y con ella los valores imperantes, formas de actuar y sentir, legados, verdades y saberes.

En este sentido, se teoriza al vínculo como necesario para la constitución del psiquismo, ya que la situación de desamparo en la que se nace obliga a ser con otros, de otra manera no se sobreviviría.

En este hecho de perpetuación de la vida se irán paulatinamente imprimiendo en el infans las marcas de la familia a la que pertenece: los modos de actuar, las vivencias, creencias, rituales, dichos, situaciones vividas por los antecesores (por nombrar sólo algunos).

Es entonces que la manera en que se forman, se heredan y se transmiten las distintas formas vinculares tiene impacto directo en la psiquis de los sujetos, resultando interesante y basal estudiar de qué manera esa cadena que precede al sujeto va tomando forma, deviniendo en el presente, colmado de pasados que moldean subjetividades.

Para entrelazar tres grandes temas como lo son los vínculos, la familia y la transmisión generacional, se realiza un recorrido con los siguientes apartados:

En el segundo apartado se teoriza acerca del vínculo: su etimología y desde qué paradigma se piensa.

Se considera al sujeto en trama, indefectiblemente unido a los vínculos que produzca, teñido en su subjetividad por otros sujetos.

En esta modalidad vincular adquieren relevancia otras figuras de la familia y no sólo la madre y el padre. Estos son: los abuelos, tíos, hermanos y la familia que ya no está presente pero de la cual se habla siendo piezas fundamentales en la construcción del psiquismo.

En el tercer apartado se realiza un desarrollo acerca de la familia: conceptos teóricos sobre la familia nuclear y los vínculos fraternos.

Asimismo, se hace hincapié en la condición de desamparo en que se viene al mundo. A raíz de esto el otro tiene que asistirnos para satisfacer las necesidades primordiales, dando paso a la relación que se forja entre el infans y sus progenitores.

El cuarto apartado se dedica a teorizar acerca de la transmisión generacional desde el punto de vista de los contenidos no traumáticos. Para eso se toman los aportes de distintos autores relevantes como ser Freud, Kaës, Gomel, Matus, Rotenberg, entre otros.

En el quinto apartado se trabaja sobre el vínculo familiar como promotor de la transmisión, atravesada por un momento socio-histórico determinado e inserto en una cultura.

En el sexto apartado se realiza un análisis del mito de Edipo de Sófocles pensado desde el vínculo familiar y la transmisión generacional. Asimismo, se retoman varios de los conceptos trabajados en los apartados anteriores relacionándolos con el mito.

Finalmente, la columna vertebral que atraviesa este trabajo es plantear un enfoque sobre la transmisión generacional de contenidos no traumáticos desde la óptica familiar y vincular, ya que puede resultar de interés para poder entender ciertos padecimientos que toman forma en la práctica clínica.

2. Concepto de vínculo, y más allá de éste...

“La noción de unidimensionalidad del sujeto como sujeto del inconsciente, cerrado a partir de la epopeya edípica, supuso el reduccionismo de lo actual a lo pretérito, desconociendo el poder instituyente de la vincularidad presente en el devenir del sujeto” (Gomel y Matus, 2011, p. 33).

Pensar el pasado como parte de un presente continuo es dar la oportunidad a procesar lo vivido como deviniendo, y en este devenir los vínculos están siempre presentes.

Parafraseando a Auster (2012): Todos somos extraños para nosotros mismos, y si tenemos alguna sensación de quienes somos es porque vivimos entramados con otros

dentro de una red que nos hace definirnos en nuestra particular forma de subjetivación. En definitiva, “la representación de sí se construye como una exterioridad, esencialmente a través de los vínculos entre el sujeto y los personajes significativos de su historia” (Gomel, 1991, p. 78).

Tomando en cuenta la etimología de la palabra *Vínculo*, según la Real Academia Española (2016) viene del latín *vincŭlum* y significa: “Unión o atadura de una persona o cosa con otra”.

Esto hace pensar acerca del uso que se le da a las palabras, donde la unión o atadura con otros es lo que nos hace devenir como sujetos.

“El psicoanálisis de los vínculos propone un sujeto en trama al considerar (...) una red donde los sujetos se anudan: red afectada por la incompletud y el devenir, en el cual vacío y vínculo se habilitan de modo simultáneo” (Gomel y Matus, 2011, p. 31).

Esta concepción del psicoanálisis de los vínculos, permite de algún modo dejar espacio para pensar al sujeto como indefectiblemente unido a los vínculos que produzca.

Asimismo, Berenstein (1995) puntualiza: “todo sujeto es y existe vinculado, no existe el sujeto separado y verlo así es resultado de la percepción consciente. El vínculo no pasa por la percepción, es del orden de la representación” (p. 239).

El sujeto es un ser social, y está teñido en su subjetividad por infinidad de otros sujetos que lo componen y complementan día a día en una constante dialéctica.

Quedó detrás la concepción de la modernidad donde los seres humanos éramos considerados individuos y los vínculos coexistían como meros conectores entre éstos. “Sujetos en redes” al decir de Gomel y Matus (2011) es como se piensan hoy las relaciones.

De esta manera, el vínculo invita a hacernos una representación que tiene un agregado más que la mera suma del yo y del otro; dado que los lugares y el significado de los mismos, van a depender del vínculo de parentesco y el lugar que ocupe.

Esto hace alusión a que el sujeto y el vínculo están estrechamente relacionados. No podría existir el uno sin el otro.

Asimismo, sujeto-vínculo-cultura se van retroalimentando unos a otros en una organización abierta y compleja que genera constantes emergencias e intercambios, en donde todos los vínculos en los cuales haya participado el sujeto, van a influir en su subjetivación (Gomel y Matus, 2011). Esto de alguna manera pone en jaque los

conceptos fundantes y heterónomos de sostén y corte, en donde la figura materna es la proveedora del sostén, mientras que la figura paterna hace de corte a ese goce, a esa fundición de madre-bebé como uno solo, como indiscriminados. Por contrapartida, en esta modalidad vincular se tienen en cuenta a otras figuras que también son piezas fundamentales en la construcción del psiquismo del infans como ser los abuelos, la familia que ya no está presente, pero de la cual se habla, se cuentan anécdotas y hacen a la transmisión generacional (concepto que desarrollaré en el apartado 4).

En este sentido, Gomel y Matus (2011) proponen:

Pensar lo vincular como entramado subjetivo con aspectos conscientes, preconscientes e inconscientes, en el cual podemos puntuar tres dimensiones: simbólica, marcada por el lenguaje y las exigencias del sistema de parentesco propios de cada cultura; narcisista, sostén de pertenencia, lugar donde se juegan la trama identificatoria y el espejo familiar construyendo imaginarios; pulsional, terreno de los montos de afecto y de las mociones pulsionales condenadas a la insatisfacción (p. 36).

Si se piensa en un sujeto inmerso en una red de relaciones, se modifica la concepción del inconsciente como producción propia y singular de cada sujeto en particular pasando a pensar al inconsciente como co-producido, como instancia en donde se juegan pretéritos y presentes que alcanzan a las relaciones actuales, pero también a relaciones quizás nunca presentificadas. Es decir, que ciertos contenidos inconscientes son pasibles de trasladarse de generación en generación, dando ésto la pauta de que las fronteras psíquicas son permeables y no estáticas (Gomel y Matus, 2011).

Para continuar con las teorizaciones sobre vínculo y sujeto, resulta de interés incorporar a la familia como vínculo primario del cual los sujetos forman parte desde la concepción.

Es por esto que en el apartado siguiente se teorizará sobre la familia: la influencia que tiene ésta en el infans en la construcción del psiquismo y la necesaria alineación del sujeto hacia la cultura.

3. La familia: vínculo primario

“...Es así que venimos al mundo, por el cuerpo y por el grupo, y el mundo es cuerpo y grupo” (Kaës, 1996a).

Si de vínculos se trata, la familia como institución no puede ser dejada a un lado, porque a través de ella es que se transmite la cultura.

Primeramente, resulta pertinente establecer el por qué denominar a la familia una institución. En tal sentido, el vínculo familiar deviene instituido “por la conjunción del deseo de los sujetos de pertenecer a dichos vínculos en una inscripción duradera y estable, y por las formas sociales que sancionan, reconocen y sostienen la institución de ese vínculo” (Kasitzky, 1998, p. 20).

Mikintach (1998) se remonta a la etimología de la palabra familia e indica que viene del latín, siendo su significado: *esclavo, sirviente*. Asimismo agrega que “cada integrante es esclavo de la estructura significativa que determina su posición. Eslabones de una cadena, partes de un conjunto” (p. 108).

Por otra parte Berenstein (1995) define a la familia como “un conjunto de personas vinculadas por la pertenencia tanto al sistema de parentesco como al de la lengua” (p. 241).

La cultura y la sociedad establecen tres lugares en los vínculos de parentesco: el lugar del padre, la madre e hijo. Donde a su vez el padre y la madre tienen un vínculo de alianza; los padres con los hijos tienen un vínculo de filiación y por último, los hijos entre sí tienen un vínculo fraterno (Berenstein, 1990).

Es entonces factible pensar a la familia desde cada una de las partes que la conforman, o bien desde un todo. Gomel (1991) establece que “aún cuando la familia se recorta con un perfil diferencial, existe una estrecha relación entre los ideales familiares y los propuestos por el discurso cultural de una época” (p. 74).

Se puede entonces pensar a las familias como insertas dentro de una cultura determinada, en un tiempo determinado, con valores, formas de pensar y actuar que les da cierto estatuto de singularidad, distinto a otras familias, pero no por eso dejan de pertenecer a un conjunto donde la retroalimentación es constante.

Continuando con las teorizaciones sobre la conformación de la familia, Berenstein (1991) establece, que desde el punto de vista biológico, el grupo familiar se constituye por un padre y una madre que se unen en relación de alianza y habilitan el origen de

los hijos, con los cuales tienen una relación de filiación. Esto es llamado *familia nuclear*.

Por otra parte, Gomel y Matus (2011) le dan relevancia a los vínculos fraternos. Dado que generan “otra instancia de simbolización de la alteridad donde la paridad habilita el encuentro con el semejante y la construcción del sentimiento de solidaridad” (p. 58). Las autoras a su vez establecen que son dos las legalidades que se pueden poner en juego en la familia: la legalidad vertical, como acto de filiación, en donde son los padres los que asignan el lugar de hijos como así también el lugar de hermanos. Y por otra parte, la legalidad horizontal remite a que no sólo los hermanos son nombrados por un dictamen paterno, sino que el deseo de ser hijo se sostiene a su vez por el deseo de ser padres. “Concebir la filiación como un movimiento que en su mismo recorrido hace padres e hijos (...)” (Gomel y Matus, 2011, p.58).

Ahora bien, el mero hecho de dar vida a otro ser, no basta para que haya una relación de filiación; en consecuencia, a raíz de la condición de desamparo (*Hilflosigkeit*) en la que venimos al mundo, otro tiene que asistirnos para satisfacer las necesidades primordiales. Pero en esta asistencia se da mucho más que la posibilidad de la sobrevivencia. Se construye un campo de significación que genera que en el hecho de alimentar se satisfagan elementos propiamente humanos y no sólo la señal de hambre que envía el cerebro al estómago. La cesación del hambre viene concatenada a una serie de cuidados y de sostén proporcionados que le brindan al bebé sensaciones de contacto, de protección, de amor, de calor, las cuales son pilares para la construcción del psiquismo (Berenstein, 1991).

Estos cuidados necesarios en los primeros tiempos del sujeto, se van constituyendo como la base de la relación que el niño construye con sus progenitores, y de esta manera, la familia va tomando forma con sus peculiaridades, sus características que la hacen ser una en particular entre el resto.

Es así que somos creados por más de un sexo, procreados en este mundo como pertenecientes a un complejo entramado de sujetos que se funden para dar vida a uno, que a su vez abarca a todos (Kaës 1996a). El bebé, al igual que no se le da a elegir si quiere tener determinado tipo de cuerpo u otro (cierto color de ojos, de pelo), tampoco elige la institución familiar a la que va a pertenecer y quiénes van a ser sus progenitores. Es por esto que, mediante el discurso, represiones, anécdotas, fantasías e historias se transmite paulatina y naturalmente al recién llegado los códigos y normas que tiene esa determinada familia para funcionar. A su vez, ese funcionar estuvo determinado por otros progenitores y allegados en una cadena interminable.

Este recién nacido va a mover, con su llegada, toda la fantasmática de sus antecesores con respecto a sus propios lugares de hijos, poniendo muchas veces en jaque el entramado anterior, aumentando la genealogía de esa familia y construyendo nuevos lugares (padres, abuelos, tíos) (Gomel, 1997).

Este sujeto que pertenece ya a un grupo, se convierte en *sujeto hablante* y *sujeto hablado*, por el juego dialéctico que se da entre los deseos, prohibiciones y mandatos que le brinda el conjunto y, al mismo tiempo, el recibimiento que hace el sujeto de eso que está ahí dado (Kaës, 1996a).

Desde esos primeros momentos, el niño pertenece y se entrama en una familia determinada, en un tiempo determinado, conjugación exacta entre los ideales vigentes de una sociedad y los de cada sujeto, los cuales se retroalimentan constantemente (Gomel, 1991). Pero a su vez, los tiempos presentes de esa familia no son los únicos que van a influenciar al sujeto, sino que todos los grupos pretéritos van a hacerlo; coexistiendo distintos espacios psíquicos intersubjetivos. En este sentido, se entiende a la intersubjetividad como “eficaz productora de subjetividad, pues la continuidad psíquica de las sucesivas generaciones a partir de la pertenencia a una cadena genealógica, impone una exigencia de trabajo a los sujetos eslabonados en ella” (Gomel, 1997, p.16).

El sujeto, entonces hereda mucho más que un color de ojos, determinadas facciones o similitudes con sus progenitores en el tono de la voz (Kaës, 1996a), hereda los ideales familiares, los mitos, los nombres propios, todos elementos ineludibles para cada uno de los sujetos que se incorporan a la familia. (Gomel, 1991).

Resulta oportuno en este punto hacer mención al concepto de *espejo familiar* el cual es “un espacio articulador entre la estructura simbólica del parentesco y la fuente imaginaria constituida por la imago que el ser humano tiene de su corporeidad” (p. 79). En tal sentido, las imágenes que se construyen del cuerpo están supeditadas a lo familiar. Las cuales forman parte del trabajo de apropiación que se hace de la pertenencia a un lugar.

Sin duda, esto no es estático, por el contrario, con cada nacimiento se modifica dialécticamente las identificaciones que los padres habían adquirido en su momento, y estos a su vez, le brindan al pequeño un espacio de función y nominación simbólica, permitiéndole tener su lugar en la cadena generacional (Gomel, 1991).

3.1 La lengua

“Cuando una familia cuenta su historia, combina hebras nuevas y antiguas tejiendo un tapiz complejo, que al modo de las viejas narraciones cantadas por trovadores y juglares aúna hechos, mitos y sueños” (Gomel, 1997, p. 24).

Gomel (1997) establece que la lengua es la “reguladora de la posibilidad biológica, psíquica y social del habla humana” (p. 30).

Por consiguiente, lengua vínculo y familia están estrechamente ligados, dado que como estableció Lacan en sus obras: “El inconsciente está estructurado como lenguaje”; esto quiere decir que el mundo simbólico se crea a partir del lenguaje que aportan los progenitores o cuidadores al recién nacido.

En este sentido, la lengua que es llamada materna, establece que hablamos el lenguaje de la madre, porque es ésta la figura que toma mayor relevancia en los primeros meses de vida de los sujetos. La madre le aporta el lenguaje al hijo de lo que le está pasando. Bleichmar (1997) en su libro *“Introducción al estudio de las perversiones”* teoriza en relación a lo que Lacan llama la “primera relación primordial”, donde la madre ocupa un doble lugar para el bebé: el lugar del Otro, con mayúscula, porque al no haber en los primeros meses de vida una diferenciación entre éste y su madre, ella le aporta el lenguaje y a su vez que se lo aporta, en ese mismo acto se lo construye. Bleichmar (1997) pone el ejemplo del vínculo que se da cuando la madre decodifica las necesidades de su hijo diciéndole: “tenés hambre, tenés frío”, y en esa decodificación le está construyendo las necesidades. Por otro lado, la madre actúa como el otro, esta vez con minúscula, porque también es la figura con la cual el infans se va a identificar y “construir su yo en tanto yo representación” (p. 39). En una especie de simbiosis, donde la madre sabe lo que el hijo necesita, pero a su vez, le imprime sus propios deseos, necesidades y formas de leer a las mismas.

En esta misma línea, Aulagnier (1991) establece que la madre procura responder a las necesidades del niño pretendiendo saber algo que en realidad no tiene un conocimiento certero, con lo cual se genera un abuso de poder por parte del que responde.

Se trata entonces de un abuso necesario, porque si no se diera, no habría sobrevivido alguna. La autora llama a esto *violencia primaria*, la cual es necesaria para “permitir el acceso del sujeto al orden de lo humano” (p. 117).

La madre entonces aparecería, al decir de Gomel (1991) como *figura omnipotente*, en donde la certeza en el discurso materno sería algo incuestionable, porque si se cuestiona se moverían todas las representaciones que el infans desamparado va formando paulatinamente en su psiquismo, y eso desembocaría en angustia.

Gomel (1997) en la misma línea de Bleichmar (1997) hace referencia a que el inconsciente se forma a raíz de las primeras ligazones que generan inscripción psíquica. Esto es, que en la relación del niño con su madre (la mirada, el pecho, la voz) se van formando (en una historia relacional muy propia de ese vínculo) las condiciones necesarias para la fijación de la pulsión. Es decir, que el representante pulsional va a estar estrechamente ligado a esos primeros encuentros. La madre como *Otro primordial* va a ser el soporte de otros vínculos de parentesco.

Aulagnier (1991) esclarece con sus teorizaciones estableciendo que la madre es el *portavoz*, esto quiere decir que desde que el infans se incorpora a este mundo es introducido al orden exterior a través de la voz de la madre, la cual actúa como intermediario entre la psique del infans en construcción y los estímulos que irrumpen constantemente desde el exterior.

Ciertamente, como lo establece Rojas (1991) “el grupo familiar está inmerso en una red de lenguaje. Esta es un recorte de otra más amplia, la red de significantes y significaciones compartida por las familias de una determinada cultura” (p.152). Es entonces que las nominaciones y establecimientos de lugares que van armando los padres, cala a fondo en la compleja vida psíquica de los seres humanos aportando, de esta manera, a la creación de lo simbólico en los sujetos.

Por otra parte, Aulagnier (1991) postula que en nuestra cultura se visualiza un modelo de función materna como ley que sanciona las condiciones en que el hombre puede dar su nombre, a la vez que marca las vicisitudes del parentesco.

Esta función es determinante en el modelo de relación de la pareja y también con respecto a la relación de éstos con el niño.

En esta línea de pensamiento y con respecto a la paternidad Gutman y Gasperi (1991) establecen que:

La paternidad se funda en el acto de la inscripción del hijo como miembro del grupo social (...), por este acto un hombre que se propone "padre", deviene tal por el reconocimiento de otro autorizado que lo "dice", que lo " nombra " "padre" de ese niño. Nos referimos a un oficiante de la cultura que legitima al mismo tiempo al "padre" y al "hijo" como tales (p. 130).

Es entonces que si de filiación se trata, la maternidad aparece como un dato incuestionable, pero la paternidad necesita un reconocimiento de alguien autorizado que lo nombre como tal. En tal sentido, la paternidad estaría estrechamente relacionada con las diversas formas que toman los padres en el vínculo, así como también el tipo de cultura por la que estén atravesados los sujetos de ese vínculo (Gutman y Gasperi, 1991).

"Las nomenclaturas del parentesco conforman las denominaciones prescriptas y prohibidas más allá de la realidad biológica: la familia como institución no tiene un fundamento natural. La alianza está precedida por una ley que funciona para el grupo como el lenguaje" (Gomel, 1997, p. 31).

En este punto, sería pertinente hacer mención al concepto de *discurso familiar* de Gomel (1997): "Denomino discurso familiar al conjunto de los acontecimientos del decir efectivizados en una familia, subsidiario del modo peculiar y restrictivo mediante el cual la lengua se realiza en habla en dicho contexto" (p. 44).

Esto quiere decir que si bien todas las personas que vivimos en un mismo país hablamos el mismo idioma, cada familia tiene con su grupo un "dialecto propio" que marca las rivalidades, los entendimientos o no entendimientos entre sus miembros, las formas de dirigirse a los otros, todos elementos que son parte de una familia en particular.

Finalmente, la lengua es la vía regia para la transmisión, estableciendo la relación del hombre con el orden simbólico, "siendo la palabra una presencia hecha de ausencia. De este acompasamiento entre presencia-ausencia nace el campo de sentido de una lengua (...)" (Gomel, 1997, p. 30).

3.2 La representación: una ausencia de presencia

“¿Hay alguna emoción comparable al reconocimiento, a ese registrar que uno existe en la mente del otro?” (Berenstein, 2001, p. 137).

La familia es el primer vínculo del sujeto. Y como tal es la que provee gran parte de las herramientas necesarias para la paulatina constitución del psiquismo en el infans que se incorpora al grupo.

El otro, ese sujeto ajeno a uno, se vuelve conocido mediante el vínculo. Berenstein (2001) establece que la etimología de la palabra otro viene de alter: “el otro entre dos” (p. 87). Este otro habilita la multiplicidad en los sujetos. Cada vínculo significativo que se habite va a ser promotor de intersubjetividad.

¿Pero qué sucede cuando ese otro no está presente físicamente? ¿Desaparece? Desde las primeras relaciones, en los primeros contactos del bebé con el mundo, éste comienza paulatinamente a representar, a interiorizar, a formar imagos.

Gradualmente, se inicia una compleja actividad psíquica, la simbolización.

Desde la perspectiva vincular, “los lazos familiares proveen un marco posible para la actividad representacional de un sujeto” (Gomel y Matus, 2011, p. 42). Esta compleja actividad que debe realizar el bebé, la de representar, es parte necesaria para la formación del aparato psíquico y la concomitante simbolización.

No obstante, para que la representación se logre es necesario que ese objeto, que una vez estuvo presente, se encuentre por contrapartida, ausente.

En otro apartado se hacía referencia a cómo en el hecho de alimentar al infans se satisfacían más necesidades que solamente la cesación del hambre. La necesidad apuntalada en la pulsión, como estableció Freud, permite que el bebé sienta que ese objeto que le brinda satisfacción y nutrición (el pecho materno) es algo que está ahí dado, a su servicio. Y sólo luego de la falta de éste (con el concomitante deseo), se puede dar lugar a la representación en el psiquismo. Y a la vez, paulatinamente se va tolerando la frustración que genera que el objeto no está ahí dado siempre que se quiera.

En tal sentido, Berenstein (2001) establece:

La pérdida del pecho y de la madre inaugura un campo donde el símbolo ha de ocupar el lugar del objeto perdido. Se le llama “pérdida del pecho” o “de la madre” a ese corrimiento por el cual ella no está donde el yo la espera, lo cual lo lleva a recurrir a las marcas inscriptas cuando estuvieron en presencia. Necesariamente ha de recurrir a su evocación, por lo que ya es un hecho de la memoria y de reconstrucción propia del yo (p. 100).

El imaginar el pecho, desearlo, es parte fundamental del campo de significación que se va construyendo. “La ausencia del objeto es necesaria para que el aparato psíquico se vea obligado a responder a la exigencia de trabajo que significa re-presentarlo en el psiquismo” (Gomel y Matus, 2011, 42). Y a su vez ir encontrando sustitutos para esa ausencia. En definitiva, la simbolización es inscribir la ausencia.

4. Transmisión generacional: consideraciones teóricas

“Los miembros de la familia son hablados por un texto inconsciente: cada uno es portavoz de un decir del cual no es autor” (Rojas, 1991, p. 160).

Si de trama vincular se trata, hacer hincapié en la transmisión generacional no es un punto menor, ya que al estar hablando de un sujeto sujetado, somos parte de una historia, de una línea que nos hace tener ciertas particularidades distintas al resto. Llevamos desde la concepción un legado que nos hace ser parte de un entramado histórico, una red vincular que se fue tejiendo con vivencias, creencias, contenidos, elementos todos vivenciados por otros, pero que hacen a nuestro devenir genealógico.

Al igual que (como se expuso en párrafos anteriores) no nos es lícito elegir determinada familia u otra al nacer, tampoco es una elección el transmitir los contenidos vivenciados, ya que esto es lo que sostiene la historicidad propia de los humanos, con un pasado que se vuelve presente en cada relato. Es entonces que “si los procesos psíquicos no se continuaran de una generación a la siguiente, si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno” (Freud, 1912/1986, p. 51).

Es por esto que la forma en la que se transmiten los contenidos de una generación a otra, va a ser parte constitutiva del vínculo familiar, ya que, como lo establece Gomel (1997) “pensar en la transmisión entre generaciones nos conduce a la idea de encadenamientos subjetivos como ampliación de los espacios psíquicos singulares” (p. 18).

En este sentido, Gomel y Matus (2011) puntualizan:

La transmisión resulta así un proceso construido entre las generaciones, haciendo borde en cada una de ellas. Proceso realizado a dos vías: a través de la historia familiar tal como es contada de padres a hijos, y como fragmentos de la vida psíquica entre las generaciones (p. 66).

Asimismo, serían dos las formas de transmisión según lo establecido por Anaut (2007): la transmisión transgeneracional y la transmisión intergeneracional. Según la autora, la primera se le denomina a la transmisión que implica a varias generaciones. La misma se establece de manera descendente, es decir, desde las generaciones pasadas hacia las presentes.

Por el contrario, la transmisión intergeneracional concierne a las generaciones que tienen contacto en el presente, por ejemplo, los padres e hijos. Esta forma de transmisión es interactiva y se ejerce en sentido ascendente y descendente.

A su vez, Rotenberg (2008) puntualiza que lo interesante del proceso de transmisión no es sólo quién y qué se transmite, sino también el modo en que el sujeto recibe la transmisión, si se apropia de ella o no.

Navegando en las aguas de la transmisión generacional, se puede dar cuenta de la vasta bibliografía que abarca dicha temática. No obstante, se hace evidente la falta de autores que tomen el tópico solamente desde la óptica de contenidos transmitidos no traumáticos. Es por esto que resulta toda una aventura trabajar la transmisión generacional como lo que se transmite de generación en generación: legados, antorchas, rituales, identificaciones, nombres propios, lugares psíquicos y físicos planeados y establecidos. En definitiva todo ese bagaje que nos hace ser un sujeto con una novela de vida guionada desde tiempos inmemoriales.

En tal sentido, se deberá extraer de los autores lo teorizado acerca de la transmisión pero desde la óptica de cómo ésto nos organiza como sujetos, haciendo a la constitución del psiquismo. Y especialmente el predominio que tiene la transmisión

entre generaciones en las familias, entendiéndolas como insertas en una cultura determinada y en un tiempo-histórico determinado.

Desde los albores de la civilización, las distintas hazañas, logros, conocimientos y cambios fueron transmitidos; la manera en que los sujetos damos cuenta de que hubo civilizaciones prehistóricas es a partir de los monumentos, las obras de arte, las historias relatadas o escritas, por nombrar solo algunos. Es entonces que desde el principio de los tiempos, el ser humano tuvo la necesidad de transmitir todo lo vivido, estampar sus huellas para las generaciones venideras de modo de no dejar en el olvido todo lo logrado.

Teniendo en cuenta lo expuesto, sería pertinente en este punto remontarnos a las teorizaciones sobre transmisión generacional en la obra Freudiana.

Pero antes, es menester hacer referencia a las teorizaciones Kaësianas

Sin duda, la lectura que realiza dicho autor de la obra de Freud con respecto a la polisemia de palabras que se destina a la transmisión, son relevantes para situarnos en la semántica de dicho vocablo.

Según Kaës (1996b) son al menos cuatro los términos en torno a la transmisión: die Übertragung (para designar a la transferencia), die Vererbung (designa la transmisión por herencia o legado), die Erwerbung (la adquisición que se da como resultado de la transmisión) y die Erblichkeit (designa lo que se transmite por legado biológico) (p. 31).

Ciertamente, el Freud (1912/1986) de Tótem y Tabú postula que es necesario “conocer el grado de continuidad psíquica que se puede suponer en la serie de las generaciones, y los medios y caminos de que se vale una generación para trasferir a la que le sigue sus estados psíquicos” (p. 51). Más adelante, continua estableciendo que ninguna generación puede ocultar a la venidera los procesos anímicos de mayor relevancia; dejando en claro en estas teorizaciones que la transmisión psíquica es inherente a la psicología de las masas, logrando en ese acto su perpetuidad.

Continuando con las primeras teorizaciones, más adelante en Introducción del narcisismo, Freud (1914/1986) postula que el sujeto lleva una doble existencia, en donde es a su vez fin para sí mismo, y es parte de una cadena de la cual es tributario sin su consentimiento. Con este postulado, el autor extiende la brecha para pensar al individuo como sujetado a un “plasma germinal (...) portador mortal de una sustancia – quizás- inmortal, como un mayorazgo no es sino el derecho habiente temporario de una institución que lo sobrevive” (p. 20). En este sentido, el sujeto es un mortal

portador de una sustancia inmortal, que va a seguir persistiendo más allá de la muerte del ser en concreto.

Si llevamos estos postulados al terreno de la transmisión en la familia, es entendible que ese plasma germinal lo lleve el hijo, dando paso a nuevas miradas, conmoviendo todo el armazón anterior.

Más adelante en esta misma obra, Freud (1914/1986) plantea que el niño debe tener más suerte que sus padres, no estando sometido a ciertas necesidades que sí sobrellevaron sus progenitores. Es entonces que *His majesty the baby*, forma parte de este entramado de transmisiones, en donde la constitución del bebé va a estar determinada por la forma en que los allegados acomodan el terreno al nuevo miembro de la familia. Y a su vez le van a aportar deseos (“debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres” -p. 24-); asignar lugares, y haciendo mediante la transmisión, la vida del infans más fácil que lo que fue la de sus padres.

Ya casi al final de la obra Freudiana, en el texto Moisés y la religión monoteísta (1938/1986), nuevamente se puede dar cuenta de cómo el autor refiere que en la vida psíquica de los sujetos no sólo tiene relevancia lo vivenciado por sí mismo, sino de igual forma, ciertos fragmentos de origen filogenético que le fueran transmitidos por el nacimiento; a esto le llama, *herencia arcaica*. En este punto el autor establece que en sus investigaciones ha podido comprobar que ciertas reacciones a traumas tempranos en sus pacientes, no son vivenciados por el sujeto en sí, sino que pareciera ser un suceso filogenético: “sólo se vuelven concebibles filogenéticamente, por la referencia al vivenciar de generaciones anteriores” (p. 29).

Por otra parte, Kaës (1996b) se interroga acerca de la psique: “¿cómo aceptar la división estructural de ésta, que durante demasiado tiempo se pensó como una especie de entidad monádica? (...)” (p.13). Ciertamente, el autor Losso (2007) establece que al igual que se refutó que la tierra era el centro del universo (primera herida narcisista), más aún, lo mismo sucedió con la creencia de que los seres humanos eran seres superiores al resto de los animales, habiendo un supuesto abismo entre ellos (segunda herida narcisista), y finalmente vino un neurólogo austríaco y estableció que el hombre no tenía total gobierno sobre sí mismo, sino que era gobernado por su inconsciente (tercera herida narcisista), también se va abriendo paso a la idea de que la psique lejos está de ser una *entidad monádica*. Losso (2007) dobla la apuesta sumando a todo esto que el hombre “está también gobernado por el inconsciente de otros” (prr. 7).

En este sentido, Kaës (1996a) considera “al sujeto del inconsciente como sujeto de la herencia y, más generalmente, como sujeto del grupo” (p. 16). Según el autor, este *sujeto del grupo* deviene *sujeto del inconsciente* por la conjunción de dos aspectos fundamentales: por el espacio intrapsíquico que ya estableció el psicoanálisis, pero a su vez, y aquí está lo novedoso, esto se une al trabajo que se le genera al sujeto por el hecho de estar determinado por lo intersubjetivo. Por consiguiente, todo lo social-cultural, va a ser determinante también en lo intrapsíquico, recortando así la brecha antinómica de individuo-sociedad. El sujeto está sujetado a los vínculos de los que forma parte.

Es interesante resaltar en este punto que el autor determina que en el *sujeto del grupo*:

Coexisten varios espacios psíquicos intersubjetivos, cuyas formaciones y procesos le son transmitidos por la vía psíquica y que él hereda (...) por apuntalamiento, identificación, incorporación, con sus propias exigencias y sus coacciones de represión, contradictorias o convergentes. Por medio de esos grupos son transmitidas y modificadas las formaciones del ideal, las referencias identificatorias, los enunciados míticos e ideológicos, los mecanismos de defensa, parte de la función represora, los ritos (Kaës, 1996a, p. 18).

En estas consideraciones teóricas sobre el concepto de transmisión generacional sería pertinente realizar un paréntesis.

Si bien este trabajo pretende trabajar la familia como vínculo primario y lo transmitido de generación en generación, resulta impostergable hacer mención a que existe toda otra línea de transmisión que también converge con la planteada en este trabajo, esto es, lo negativo, lo que no ha advenido, ausencia de inscripción y de representación: encriptado, forclusión, rechazo, el secreto, la no simbolización, el pacto denegativo, para nombrar sólo algunos. Y es que en la década de los 70 adquieren importancia las indagaciones de Abraham y Torok sobre el duelo, la cripta y los fantasmas, dándole otro cariz a lo transmitido (Kaës, 1996a).

Estas formas de transmisión también son parte de lo que la familia y demás antecesores transmiten, y hacen a la constitución psíquica del sujeto. Sin embargo, en el recorte realizado para esta monografía, tomaré la línea de la transmisión de contenidos no traumáticos, sin desconocer que la temática es más amplia y diversa pero exceden a las líneas de este trabajo.

En otro orden, Kaës (1996b) establece que en la obra de Freud habría cuatro terrenos de investigación en torno a la transmisión, estos serían: *la transmisión intrapsíquica, la transmisión intersubjetiva, la transmisión transpsíquica y la cuestión de la formación del yo.*

La transmisión intrapsíquica estaría referida al punto de saber qué se transmite, cómo y con qué intensidad dentro de las instancias psíquicas (paso de la vigilia al sueño, del inconsciente al preconscious, etc.) (Kaës, 1996b).

La transmisión intersubjetiva estaría en estrecha relación con el grupo primario (la familia) teniendo en cuenta en este punto:

Las formaciones intersubjetivas primarias: son ellas las que aseguran las condiciones de posibilidad del espacio y de los vínculos intersubjetivos (...); el espacio y los vínculos que forman la realidad psíquica del conjunto intersubjetivo (...); y el complejo de Edipo, en tanto prescribe las relaciones de deseo y de prohibición entre los sujetos (Kaës, 1996b, p. 34 y 35).

La transmisión transpsíquica, dado que no es lo mismo lo que se transmite entre los sujetos que lo que se trasmite a través de éstos, suponiendo la disolución de los espacios subjetivos. En este tipo de transmisión entrarían *la hipnosis, la inducción, la telepatía* (Kaës, 1996b).

Por último, *la formación del yo*, siendo parte de los tres anteriores y tomando relevancia en la temática de la transmisión ya que el Yo, el *ser-frontera* (al decir de Kaës, 1996b), es una instancia imprescindible a la hora de pensar los procesos y las funciones de la transmisión psíquica.

Finalmente, Gomel (1997) brinda en sus teorizaciones una definición de transmisión generacional que resume y da luz a lo trabajado en este apartado: “Transmisión generacional será entonces el modo peculiar en que verdades y saberes, odios y amores, deudas y legados, posibles e imposibles, se traspasan de los odres viejos a los nuevos sosteniendo que la voz no se silencie” (p. 26).

5. El vínculo familiar: institución que vehiculiza la transmisión

“En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo” (Freud, 1921/1986, p.67).

El “cachorro humano” llega a este mundo indefenso, desprovisto de herramientas para autogestionarse; dependiendo de otros que le provean de sus necesidades. Pero este “cachorro humano” llega a este mundo con más de lo que a simple vista se puede visualizar. Porque al momento de ser concebido (y es discutible incluso desde cuanto tiempo antes de la concepción), es, al decir de Freud (1914/1986) un eslabón en una cadena que lo precede y de la cual es tributario sin su voluntad.

“Cada individuo está predeterminado por vínculos que preexisten a su nacimiento. El sujeto empieza a ser antes de nacer” (Nussbaum, 2009, p. 156).

La inmadurez del bebé y la relación que se instala con el otro a partir de eso, (la cual fue desarrollada en apartados anteriores) genera una ordenación del infante en la cultura. La cadena que precede al sujeto de la que hablaba Freud (1914/1986) es en definitiva que el mundo ya tiene un lugar marcado para ese niño que llega, que trae lo instituyente para lo ya instituido; esto es, que trae aires nuevos para complementar, ampliar y mover lo ya establecido.

El bebé tiene, al decir de Gomel (1991) una “inscripción psíquica de lo socio-cultural” (p. 75), y durante los primeros años, la bandera de esta inscripción la lleva la familia de ese niño, en la que luego tendrán cabida distintas instituciones (como la institución escolar, los grupos de pares, etc.); es entonces que la familia, sin ser consciente de ello, perpetúa los modelos que imperan en la sociedad, permitiendo así, que no caduquen los valores y caracteres culturales.

En esta misma línea Lacan (1938) postula:

La familia predomina en la educación inicial, la represión de los instintos, la adquisición de la lengua (...) transmite estructuras de conducta y de representación cuya dinámica desborda los límites de la conciencia. De este

modo, instaura una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental (p. 8).

La familia sería un intermediario que articula los distintos elementos: “lo cultural-transcultural, las significaciones imaginarias, lo genealógico como prehistoria vincular jugada en la trama intersubjetiva y la psique singular” (Gomel, 1997, p. 29). De esta manera, se deja a un lado las lógicas antinómicas de individuo-sociedad, dando paso a una intersubjetividad dialéctica en donde lo cultural, lo familiar y el sujeto están estrechamente eslabonados siendo la cultura, a través de la familia, la que propicia la constitución subjetiva de los sujetos (Gomel, 1997).

Asimismo, “el contexto histórico-social, operando a través de un complejo anudamiento de ideales y exigencias, hace aparecer como anhelo individual aquello que es condición de la cultura, asegurando la cohesión necesaria para perpetuarla” (Gomel, 1991, p. 74). Esto significa que la línea entre el deseo propio y el deseo del otro es muy delgada; dado que los ideales, las creencias y las antorchas que cada uno de nosotros llevamos como lemas de vida, siempre están teñidas por el contexto socio-histórico en el cual la cultura está inserta, y dentro de ella, la familia.

Es que si este complejo mecanismo no se diera, no habría una cultura tejida entre todos los sujetos, sino que serían retazos perdidos con cada nueva generación.

En este sentido, resulta interesante lo teorizado por Aulagnier (1991) donde establece que la madre es la que le transmite al infans el *discurso ambiental*. Pero no sin antes haber pasado ese discurso por el tamiz de su propia subjetividad. Esto quiere decir, que las prohibiciones, los límites de lo lícito y lo ilícito que la madre le transmita al niño, van a estar supeditadas a sus propias vivencias, a lo que sus padres previamente le enunciaron como mediadores del *discurso ambiental*.

Ciertamente, “leído desde la perspectiva de los discursos ancestrales que ciñen el devenir vincular, el discurso familiar es vía regia de la transmisión de lo generacional” (Gomel, 1997. p. 44).

Complementariamente a lo anterior, Berenstein (1990) teoriza que:

La familia es una producción humana, por lo tanto básicamente simbólica, y es a su vez un factor de humanización que tiene a su cargo transmitirla. También el lenguaje es un producto humano y a través de él el ser biológico adquiere esa peculiar cualidad por la cual se puede decir que el humano es algo más que el funcionamiento armónico de sus órganos y la familia algo

más que una reunión de personas que conviven durante un tiempo prolongado en un lugar determinado (pg. 17).

Pero no solo la familia con la cual convive el sujeto va a determinarlo en sus conductas, en sus deseos, en sus inquietudes y en sus decisiones, sino también lo que lo antecede en lo familiar generacional.

En este sentido, Nussbaum (2009) establece que “no solo la familia próxima nos antecede y nos instituye en nuestro modo de ser. Los antepasados que contribuyen a la conformación de la subjetividad son múltiples, tenemos diversas tradiciones detrás de nosotros” (p. 158). Y estas tradiciones que son interiorizadas por el sujeto, a su vez van a ser prefigurativas de la manera en que éste las transmita luego a su familia.

Los rituales por ejemplo, son acciones realizadas que tienen un valor simbólico, y ese valor es transmitido generacionalmente. Se genera, de esta manera, una continuidad en la familia conectando pasado y presente en acciones realizadas por sus integrantes.

La forma en la que se festeja una Navidad, un cumpleaños o un habitual almuerzo de domingo, constituyen todos rituales que se transmiten de generación en generación, permitiendo un lazo entre los integrantes y manteniendo siempre viva una llama, la de los que ya no están (Rosenthal y Marshall, 1988).

Asimismo, cada vez que un padre le relata algo de sus antepasados a un hijo, perpetúa en ese acto el ser parte de una trama familiar que viene de antaño, dejando huellas del pasado en este sujeto del presente.

En esta misma línea, los nombres puestos a los hijos “indican relaciones entre términos y de ellas deviene su significación. Señala aspectos de los deseos y expectativas anticipatorias de los antepasados respecto de sus descendientes; pone de manifiesto ideales y creencias familiares” (Rojas, 1991, p. 162). A su vez, significa que el hijo tiene un lugar en el sistema simbólico, dado que se le atribuye un nombre al niño y al mismo tiempo se le atribuye un niño a un nombre, estableciendo en este acto que habrían personajes investidos, los cuales se presentifican en un nombre (Gomel 1997). El acto de ponerle a un hijo el nombre de un familiar fallecido, podría ser un ejemplo válido.

“El grado de libertad existente al momento en que los padres deben nominar a un hijo es restringido: se juegan allí los anhelos parentales, la relación con las familias de origen y también las modas y costumbres de la cultura” (Gomel y Matus, 2011, p. 81).

Como ejemplo de estos conceptos resulta esclarecedor citar el caso de una familia en la cual durante generaciones se alternaron dos nombres, Giuseppe y Cristóforo, los que debían corresponder uno al padre y el otro al primogénito varón.

Esta serie, que tiene un lejano e indefinido comienzo en el tiempo, se repite puntualmente según el relato de los ancianos de dicha familia, y desde su memoria dicen haberlo escuchado de sus progenitores.

Este relato establece que originariamente un Giuseppe decidió nombrar a su hijo Cristóforo, luego éste debía nombrar a su hijo primogénito Giuseppe, originando en aquella lejana época, una tradición de sucesión de nombres alternados entre Giuseppe (padre) y Cristóforo (hijo), la cual con el nacimiento inaugural de una nueva generación, se invertiría con un nuevo primogénito, debiendo nombrar Cristóforo (padre) a su hijo Giuseppe. Esta alternancia se repitió impecablemente hasta la generación actual.

Este caso, ejemplifica lo establecido en líneas anteriores donde se expresa que se le atribuye a un niño un nombre, y a su vez “el nombre preexiste a quien será su portador” (Gomel, 1997, p.116). Estos aspectos hacen a la historia de la familia, transmitiéndose de generación en generación, porque la manera en que la historia familiar permanece viva es en su transmisión, y transmitiéndose, a su vez se está construyendo con cada relato (Gomel, 1997).

Ya Freud (1914/1986), en Introducción del narcisismo plantea:

Pero existe también la tendencia a suspender para el niño todas las conquistas culturales, cuyo reconocimiento hemos tenido que imponer a nuestro narcisismo, y a renovar para él privilegios renunciados hace mucho tiempo. La vida ha de ser más fácil para el niño que para sus padres. No debe estar sujeto a las necesidades reconocidas por ellos como supremas de la vida.

No obstante, el concepto de *realidad psíquica* (definida “como el conjunto de sentidos al cual un sujeto adjudica valor de realidad y se diferencia de la realidad material” – Gomel, 1997, p. 26-) da la pauta de que la herencia que reciben las personas nunca es pasiva. Por el contrario, hay un arduo trabajo de apropiación, en donde el infans paulatinamente imprime su sello a todo lo que recibe de sus antecesores.

Llevando este concepto de *realidad psíquica* al terreno de la intersubjetividad, nos encontramos con la *realidad vincular*, entendiéndola como lo que se fue tejiendo de antaño y que cada nuevo miembro resignifica, no sin antes ponerle su propia y singular marca. “La realidad vincular se sustenta en una combinatoria interpersonal

que angosta la oferta de la cultura y compone su propia lectura tanto de la realidad material como de la psíquica, brindando el marco para las transcripciones singulares” (Gomel, 1997, p. 27).

Para finalizar este apartado, se considera aclaratorio hacer mención a las teorizaciones de Aulagnier (1991) donde establece que los elementos que van moldeando la psique del niño, proporcionados por las figuras de relevancia, prosiguen durante toda la vida y no solo cuando el sujeto es un niño. Incluso, la autora establece que ni siquiera con la muerte ese discurso se apaga. En este sentido puntualiza:

Su sucesor se verá confrontado desde un primer momento con la memoria de un discurso del que los otros guardan recuerdo, discurso que imponen al recién llegado bajo la forma de un destino genealógico ya preformado por ellos. El sujeto tendrá algo que decir en relación con este destino, pero aunque expresara entonces el rechazo categórico de aceptarlo, mostraría aún que su historia, tal como el sujeto la construye, permanece ligada a la respuesta que da a la prehistoria de los predecesores (Aulagnier, 1991, p. 110).

5.1 El contrato narcisista al que el sujeto debe advenir¹

“Muy poco podría decirse acerca del efecto de la palabra materna y paterna si no se tuviese en cuenta la ley a la que están sometidas y que el discurso impone”.
(Aulagnier, 1991, p.158)

En estas teorizaciones acerca del vínculo familiar y su relación con la cultura, resulta oportuno desarrollar el concepto de *contrato narcisista*.

Líneas arriba se ha señalado la importancia que tiene en la constitución psíquica del sujeto el ser imaginado y pensado. Esto sucede primeramente en los padres, son ellos los que le brindan un determinado lugar al hijo, con las concomitantes fantasías, expectativas e imaginación que le imprimen al sujeto que se incorpora. Aulagnier (1991) le llama a esto las primeras catectizaciones, es decir, las investiduras libidinales tan necesarias para la conformación del psiquismo.

¹ Parfraseo del título: *El espacio al que el Yo puede advenir* del libro: La violencia de la interpretación de Aulagnier (1991).

No obstante, los padres no son los únicos que participan en este proceso; es entonces que a las investiduras realizadas por los padres, se le suman luego las realizadas por la sociedad. Jaroslavsky (2008), haciendo una lectura del trabajo de Aulagnier (1991), establece que en un segundo tiempo es el grupo escolar el que aporta a la investidura del niño, luego en la adolescencia los amigos y en la adultez también los amigos y el medio profesional. Más adelante, en un tercer tiempo va a ser el espacio social en el que se desenvuelva el sujeto (mediante los intereses y proyectos compartidos con otros) los que van a aportar al investimento.

Esta carga energética que se le imprime al sujeto desde los distintos espacios sociales logra que a medida que se va conformando psíquicamente se le impriman paulatinamente enunciados, costumbres, leyes, legados, entre otros.

En este sentido, Aulagnier (1991) establece:

El grupo catectiza al infans como voz futura a la que solicitará que repita enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua. En cuanto al niño, y como contrapartida de su catectización del grupo y de sus modelos, demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental (p. 164).

Es así que los intercambios con el medio van a ayudar a la progresivas identificaciones del sujeto con el conjunto que lo rodea, pero a su vez, el hecho de ser una voz futura “que repita los enunciados de una voz muerta” (al decir de Aulagnier, 1991, p.164), le da un marco de estabilidad, donde la certeza de tener un pasado le permite impulsarse hacia el futuro. Tener una historicidad es mucho más que acumular anécdotas acerca de los antepasados; permite entender al sujeto que es parte de un todo que lejos está de ser un individuo, generándole seguridad, sostén y una paulatina representación de sí y del conjunto.

En tal sentido, el *contrato narcisista*, sería un contrato que se da sin previo acuerdo, inconscientemente, entre un sujeto y el grupo; primeramente será con la familia y luego con los demás vínculos sociales que establezca.

El contrato consistiría en que el grupo sostiene al sujeto, se le ofrece de soporte catectizándolo, y el sujeto por contrapartida se asegura de mantener viva la llama del discurso, de las ideologías, de las creencias, de los legados, “para asegurar la inmutabilidad del conjunto” (Jaroslavsky, 2008, p. 4).

5.2 La subjetividad y su relación con el otro social-cultural

“La subjetividad “nace otra vez” en la relación con el otro (...)”

(Delucca y Petriz, 2004, p. 1)

Existen múltiples maneras en que las relaciones con los otros determinan al sujeto. El vínculo familiar deviene significativo en la construcción del psiquismo y en conformación de la subjetividad. No obstante, resulta relevante hacer mención a otro gran grupo determinante en el sujeto teorizado por Berenstein (2001).

Dicho autor puntualiza que todo vínculo significativo para un sujeto tiene un comienzo, una partida inicial que devino inconsciente.

Estos vínculos significativos se dan en dos terrenos: el de la familia (parentesco) y por otro lado, el de los vínculos sociales. Éstos últimos estarán supeditados a la pertenencia social, a la ideología, a la clase social y económica (Berenstein, 2001).

El autor puntualiza que el psicoanálisis se ha ocupado mayor y principalmente del vínculo que se genera con la familia y su influencia en la constitución del psiquismo. Dejando a un lado la importancia de las primeras experiencias con los vínculos sociales no familiares.

“Todos y cada uno de los vínculos del sujeto, si son significativos, tienen un momento de comienzo que puede constituir un origen a partir del cual se produce algo nuevo en su subjetividad” (Berenstein, 2001, p. 70).

La relación que se establece entre los sujetos puede tener: o bien un carácter de semejante, es decir, eso que es fácilmente asimilable porque entra dentro del terreno de lo conocido; o un carácter diferente, esto es, que al no ser conocido, la asimilación necesita de un trabajo psíquico; o por último, un carácter de ajeno, es decir, que por más que se lleve a cabo un trabajo psíquico, no es asimilable al yo (Berenstein, 2001).

Llevando lo expuesto en estas líneas al terreno de la transmisión, se podría pensar que los legados que portamos de nuestros antecesores se ven constantemente actualizados, contrastados y agrupados una y otra vez por esos nuevos vínculos sociales que el sujeto establece.

En este sentido Delucca y Petriz (2004) postulan:

Pensamos entonces, que las posibilidades de dar sentido a la historia vivida, se realiza a dos puntas: las nuevas generaciones y los nuevos vínculos, pueden

aportar significaciones novedosas de apertura, de enriquecimiento y complejidad en la interpretación del pasado, en la que también intervienen activamente los ancestros en un diálogo presente diferente del que se tuvo en la infancia (p. 2).

6. El mito de Edipo pensado desde el vínculo familiar y la transmisión generacional

*“Was du ererbt von deinem Vatern hast, Erwirb es, um es zu besitzen”
“Lo que has heredado de tus Padres, para poseerlo, gánalo”
(Freud, 1912/1986, 52)*

Si tomamos en cuenta el postulado de que cuando nacemos traemos con nosotros todo un bagaje de deseos, expectativas y una herencia arcaica; ¿por qué debería de ganarse lo que se heredó de los padres? Esto es, porque cuando el sujeto nace, y sin ser conciente de ello, ya es parte de una cadena la cual le va a exigir determinados componentes que lo hagan ser parte de ese grupo humano; conformándose así como parte constituyente de ese grupo y parte constituida (Kaës, 1996a).

Pero por otro lado, hay algo más que debe ganar el sujeto en esta herencia que le es impuesta, esto es, ganar batallas que sus padres no pudieron, cumplir fantasías no realizadas, llevar la bandera de discursos y prohibiciones, que en definitiva, lo hagan ser “digno” de un lugar en esa cadena que lo precede.

El mito de Edipo, teorizado por Freud, puede ser de gran ayuda para pensar cómo el sujeto viene determinado por miedos, fantasías y prohibiciones.

Sófocles, en su mito sobre Edipo cuenta como este niño al nacer trajo consigo un sinfín de incertidumbres, calamidades e inconvenientes.

Dice la tragedia que los padres de Edipo, Yocasta y Layo, querían engendrar un hijo, pero frente a sus dificultades para poder concebir, consultaron al Oráculo, el cual les devolvió una terrible profecía: el hijo varón que llegaran a engendrar, mataría a su padre y desposaría a su madre.

Más allá de esta terrible noticia, Yocasta seduce igualmente a Layo y logra quedar embarazada, naciendo nueve meses después un flamante varón.

Layo al enterarse de tal desgracia, manda a matar a Edipo para cortar así con el triste destino que le esperaba. La cuestión es que el empleado convocado a realizar el brutal acto, no puede hacerlo, dejando a Edipo bebé colgado de los pies de un árbol. Pólipo y Mérope rescatan a Edipo y lo adoptan. Éste nació sano y fuerte, mostrándose en su pubertad muy bueno con la fuerza y las destrezas físicas. Al despertar la envidia de sus competidores, uno de ellos le dice la cruel verdad sobre su ascendencia, que era adoptado. Edipo desconcertado consulta al Oráculo de Delfos, el cual, en vez de contestar a su pregunta sobre su pasado, le contesta acerca de su destino: matarás a tu padre, y te casarás con tu madre. Edipo, aún más desconcertado y temeroso, huye y es ahí que en un camino, se encuentra, sin saberlo con Layo, su padre; rivaliza con él y lo termina matando, cumpliendo así con la primera parte de la profecía. Por otra parte, Creonte, el hermano de Yocasta, prometió dar la mano de su hermana y así el reino de Tebas a quien destruyera a la Esfinge que azotaba a la ciudad. Edipo resuelve el enigma que le propone la Esfinge y ésta se suicida, quedando Edipo como el nuevo Rey de Tebas, cumpliéndose la segunda parte de la profecía, sin saberlo, se casó con su madre (Berenstein, 2001).

Se puede dar cuenta entonces que este hijo, desde antes de nacer, ya estaba determinado a ser un parricida y un incestuoso. Incluso antes de nacer, era temido y fantaseado. Pero la diferencia entre este mito y la vida real es que a Edipo no le dieron la posibilidad de imprimirle ninguna prohibición, ninguna marca generacional ni tampoco la impoluta regla de ganarse la herencia que los padres le brindan. A Edipo se lo hizo depositario de todas las desgracias y se lo mandó matar. Pero al no cumplirse esa orden, Edipo siguió vivo, cortando con la cadena de transmisiones que se dan en una familia, generando así, un total desconocimiento de su historia, de su pasado, de sus ancestros, de las prohibiciones y de los deseos que sus padres biológicos tenían para él.

Es por esto, basado en el ocultamiento y en el desconocimiento, que Edipo mata a su padre y termina desposando a su madre, porque desde el inicio mismo, la víbora se terminó comiendo la cola. Tanto temía Layo el presagio del Oráculo, que con su acción (desterrar a Edipo y cortar con la transmisión generacional) habilitó a que se cumpliera la terrible profecía.

“Una de las preguntas fundamentales del sujeto humano es sobre su origen, e inevitablemente este es un saber de otros. El origen es lo que los otros dicen que es el origen” (Berenstein, 2001, p.20). Generalmente, es la familia la que sacia en el infante sus ansias de respuestas acerca del origen, esto de alguna manera apacigua las

ansiedades del pequeño con respecto a lo desconocido. Edipo, frente a sus dudas, consultó al Oráculo, encontrando más desconciertos que respuestas tranquilizadoras. ¿Por qué Edipo no recurrió a lo que él sabía que era su familia? No se sabrá, solo se podrán realizar supuestos.

Ahondando más en las conjeturas sobre el mito de Edipo, su relación con el vínculo familiar y la transmisión generacional, puede ser de gran ayuda pensarlo como enmarcado dentro de la transmisión intersubjetiva de la que hablaba Kaës (1996b); dado que lo que se transmite y se forja a raíz de los vínculos que establecemos con la familia y sobre todo con los progenitores, le fue prohibido a Edipo. Las relaciones de deseo y prohibición que tan instaurado está en lo cultural, no pudo ser transmitido a este personaje.

Al decir de Faimberg (1996) Edipo “no sabe que no sabe” (p. 172), la mentira gobierna todo el mito. Hay muchas cosas que le fueron ocultas a este sujeto, y es por esto que con las cartas que se le mostraron actuó como se fueron suscitando los escenarios.

En este sentido Faimberg (1996) establece: “La lógica que rige el mito es una paradoja en sí misma: sin importar qué decida Edipo, no puede cumplir los mandamientos de la ley” (p. 173). Es que la importante constitución en el psiquismo de identificación de los objetos edípicos proporcionados por los mandatos que impone la cultura a través de la familia, no le fueron dados fielmente a este niño devenido en adulto. Ya bien dicen: Edipo no tuvo Complejo de Edipo, al igual que Narciso, no tuvo Narcisismo.

Asimismo, Berenstein (2001) considera que Edipo “ha perdido su lugar en las generaciones” (p. 25). No obstante es de considerar la hipótesis de que este personaje nunca tuvo un lugar en las generaciones, y si algún lugar tuvo antes de su concepción en la psique de sus padres biológicos, fue el de traer consigo puras desgracias.

Pensando en el tema de los lugares en la familia, dicho autor (2001) puede esclarecer un poco más lo teorizado, dado que hace mención a que cuando un vínculo se construye, se da la ubicación de dos o más sujetos en un espacio-tiempo en concreto, donde es condición necesaria para que ese vínculo se desarrolle, el conocimiento y reconocimiento de pertenencia a ese lugar, y el hecho de no sentirse parte genera un sufrimiento muchas veces persecutorio.

Llevando estas teorizaciones al mito de Edipo, nos encontramos con que este sujeto no tiene un lugar, no pertenece realmente a donde él creía que pertenecía. Dicho de otra manera, su lugar originario (lugar en donde nació) y sus progenitores, no son los que él creía, y frente a la respuesta del Oráculo de que mataría a su padre y se

casaría con su madre, Edipo no hizo más que intentar en vano escapar de su destino, escapar del lugar que él se reconocía como perteneciente, en donde tenía un lugar de hijo, nominado por un padre y una madre. “Edipo (...) ha perdido su lugar en las generaciones, ocupó impropriamente el de su padre (...)” (Berenstein, 2001, p. 25).

Dicho lo anterior, es menester mencionar luego de todo lo expuesto, qué lugar ocupó Edipo en el vínculo familiar biológico. Podemos dar cuenta en la sintetizada narración del mito de Sófocles, que Yocasta seduce a Layo para quedar embarazada, es decir que Yocasta deseaba ser madre, y como consecuencia, le impone a Layo una paternidad, la cual no fue consensuada, no hubo lugar a un vínculo con otro llamado pareja con el cual se produjera una representación vincular que dé lugar a un hijo (Berenstein, 2001). Yocasta deseaba un hijo pero no un marido.

En otra línea de análisis del mito de Edipo, si se lo relaciona con el *contrato narcisista* expuesto en páginas precedentes, se puede conjeturar que él no fue parte del pacto inconsciente que se da primeramente en la familia y luego se hace extensivo a los demás grupos y vínculos que tenga el sujeto. Su familia de origen no lo catectizó, ni permitió que ocupara el lugar designado para él. Por ende, no tuvo por parte de Yocasta y Layo el marco familiar tranquilizador y necesario que ancla a los sujetos a una familia, con una costumbre, una ideología y con las voces de los antepasados.

Por otra parte, se podría pensar que Pólipo y Mérope si lo catectizaron, permitiéndole ser parte de una familia que si tenía un lugar para él.

No obstante, si se agrega a esta discusión lo dicho por Rojas (1998) sobre la función de la familia, en donde la crianza y el apuntalamiento hacia el sujeto no termina cuando deja de ser un niño, sino que debería ser un “punto de sostén siempre posible” (p. 122), se podría analizar que Edipo frente a sus dudas acerca de su origen, no acudió a sus padres adoptivos, ni mucho menos lo hizo luego de la terrible noticia que le predijo el oráculo.

De este modo, se vuelve a formular la pregunta retórica: ¿Si Pólipo y Mérope tenían un lugar para Edipo, por qué no recurrió a ellos frente a sus dudas sobre el origen?

Estas interrogantes quedarán sin una respuesta y serán sólo disparadores que ayuden a pensar acerca de los vínculos que forjamos con los otros.

7. Conclusiones

El presente trabajo monográfico pretende dar cuenta de la importancia del vínculo familiar como base para la constitución del psiquismo y el proceso de subjetivación. Y a su vez, la relación e influencia que la transmisión generacional tiene en los vínculos familiares.

A partir de las lecturas realizadas para la confección del trabajo y el desarrollo que se le dio al mismo se desprenden las siguientes conclusiones:

Surge claro, en primer lugar, que el vínculo con otros es lo que nos hace devenir como sujetos.

A raíz de esto se cuestiona la monarquía absoluta de las figuras materna y paterna, dado que los múltiples vínculos en los que el sujeto participa, lo van a influenciar de manera notable.

En este sentido, se consideran relevantes para el infans otras figuras como ser los abuelos, los hermanos e incluso la familia que ya no está presente. Estos aspectos serán ejemplificados mediante un cuento literario en el Anexo.

Por otra parte se teoriza a la familia como una institución, dado que en ésta se conjugan, por un lado, el deseo de los sujetos de pertenecer y, por el otro, la interacción social, la cual reconoce y sostiene constantemente ese vínculo tan particular.

Es entonces que en las distintas instituciones familiares, los miembros tienen una posición que es determinante en la subjetividad y en la conformación del psiquismo. Y cada nuevo miembro que se incorpore moverá con su llegada la fantasmática familiar, en una constante dialéctica.

Asimismo, la relación de filiación que se establece entre los integrantes de la familia, tiene su comienzo en la situación de desamparo en la que nace el sujeto. Es así que en el cuidado, contacto, sostén y amor brindados al infans se construye un campo de significación el cual es base para la relación que éste forja con sus progenitores.

A su vez, esta relación que se establece con el otro-familiar está enmarcada dentro de una cultura, en un tiempo socio-histórico determinado, el cual va a influir en la dinámica familiar.

En dicha dinámica familiar, la transmisión toma relevancia, dado que no es lo mismo lo transmitido en un tiempo que en otro, en una cultura o en otra.

En este sentido, la transmisión que realiza la familia al infans que se incorpora, va a estar determinada por la transmisión que a su vez recibieron ellos de sus propios padres, en una cadena interminable.

Por otra parte, son dos las vertientes principales que presenta la transmisión generacional: la transgeneracional, que implica a varias generaciones y se establece de manera descendente, es decir, desde las generaciones pasadas hacia las presentes.

Y la transmisión intergeneracional, la cual concierne a las generaciones que tienen contacto en el presente, por ejemplo, los padres e hijos. Esta forma de transmisión es interactiva y se ejerce en sentido ascendente y descendente.

Entre los tipos cotidianos de transmisión familiar se puede ejemplificar: los nombres puestos a los hijos, las formas de festejar las festividades, las creencias, los valores, los ideales, lo permitido y lo prohibido (explícito e implícito), lo que está bien visto y lo que no, entre tantas otras formas de transmisión.

Se concluye, asimismo, que el transmitir es inherente al sujeto. La necesidad de dejar legados a las generaciones venideras es una condición del orden de lo humano.

La familia como vínculo primario lleva la bandera de la transmisión. Luego, a medida que el infans se desarrolla y la díada madre-bebé va quedando cada vez más en el pasado, paulatinamente irán tomando relevancia otras figuras como ser la institución escolar, los grupos de pares, las relaciones exogámicas, entre otros.

A su vez se considera relevante hacer mención a las temáticas que no fueron incluidas en el trabajo por el recorte realizado. Estos son la identificación, el narcisismo y la teoría del apego.

Son diversas las teorizaciones a incluir cuando se reflexiona acerca de la constitución psíquica y la subjetividad en el sujeto, pero en virtud de la necesidad de ceñirse estrictamente a los objetivos trazados, no se incluyeron estas temáticas estrechamente vinculadas, dado que las mismas exceden a las líneas de este trabajo.

En otro orden se puede dar cuenta de la falta de autores que tomen la temática de la transmisión generacional por el lado de lo no traumático. Ciertamente, esto puede explicarse debido a la necesidad de teorizar y dar explicación sobre los distintos elementos que surgen en la práctica clínica en relación a lo negativo de la transmisión.

Igualmente, se concluye necesario y basal para la práctica clínica tomar dimensión acerca de la influencia que lo transmitido no traumático tiene en el sujeto. Dado que si bien la ausencia genera consecuencias notorias, del mismo modo, los legados, creencias, amores y odios transmitidos desde la familia hacia el infans buscan y encuentran su espacio, evidenciándose en cada palabra, gesto, ritual o dichos que el sujeto trae a la clínica.

A su vez, se desprende de las lecturas realizadas la interrogación acerca de las variadas formas en las que se puede evidenciar la transmisión generacional de contenidos no traumáticos en la práctica clínica.

En este sentido, se podrá dar cuenta del bagaje que ese sujeto lleva de sus antepasados en su forma de expresarse, de pensar, y de actuar. Y esto, a su vez, lo determina en su capacidad de resignificar sus vivencias.

Por otra parte, haciendo foco en la clínica familiar, en esta modalidad estarán presentes en la sesión ciertos integrantes (la familia nuclear) pero también se podrá visualizar a los familiares que no están pero de los cuales se habla y se hace notorio que influyen en la dinámica familiar (abuelos, tíos, tatarabuelos).

Es por todo lo expuesto que surge como una necesidad la de conocer acerca de los vínculos familiares y la relación que tienen éstos con la transmisión generacional. Su relevancia radica en que ya sea que se trate de una práctica clínica individual o una familiar, los vínculos con los otros atraviesan al sujeto, y eso se manifiesta constantemente en el ámbito clínico.

Con respecto a los análisis realizados sobre el mito de Edipo se ejemplifica, mediante la tragedia de Sófocles, cómo el infans antes de nacer ya es puesto en un lugar y se le imprimen deseos, ansiedades y miedos.

Se conjetura entonces, la relación que hay entre el origen, las interrogantes y, a su vez, el lugar de quien sacia dichas interrogantes. Dado que frente a la ansiógena respuesta del Oráculo, Edipo no recurrió a lo que él creía que eran sus padres pudiendo, en ese acto, evitar toda la tragedia venidera.

Se podría concluir, que Edipo no tuvo un lugar investido ni en su familia biológica, ni en la adoptiva.

Finalmente, la transmisión transgeneracional y la intergeneracional, los vínculos manifestados en los relatos familiares y las construcciones fantásticas compartidas (muchas de ellas con orígenes lejanos y transmitidas con distintos lenguajes) genera

múltiples significaciones que contribuyen a perfilar los vínculos que el sujeto establece con la realidad que se le presenta. De este modo, todo el trabajo clínico queda permeado por la construcción y deconstrucción de los significantes desplegados por ese sujeto que llega a la clínica.

8. Anexo

Resulta interesante y oportuno retratar los conceptos teóricos trabajados a lo largo de la monografía en un cuento literario.

La literatura, en muchas ocasiones brinda un cariz explicativo de forma dinámica a la teoría, logrando así pensar lo expuesto desde otra óptica.

El cuento que a continuación toma lugar resume lo trabajado acerca de los vínculos familiares, las expectativas puestas al recién nacido y el lugar que ocupa éste para cada uno de los personajes que lo rodean, los cuales influyen notoriamente en su devenir como sujeto.

A su vez retrata exquisitamente cómo los antepasados juegan un papel importante desde el inicio de la vida, a través de los rituales, los relatos y las comparaciones entre los familiares.

Tierno retoño de un tronco añoso²

Ephraim Kishon

El doctor había dicho que sólo podrían ver a la madre y el bebé los familiares más cercanos; por lo tanto allá fuimos yo, el más contento de todos los padres, mi querida suegra y, no iba a dejarlos de lado en semejante ocasión, mis propios y amados padres.

Mi suegra llevaba en una cesta dos gruesas mantillas para el bebé puesto que se encontraba en la certeza total de que en el hospital se infiltraban temibles corrientes de aire. No dejaba de repetir que ella ya había criado cinco hijos y por lo tanto, se encontraba en inmejorables condiciones de decidir qué era lo mejor para el bebé. Mi madre, por su parte, no dejaba de lloriquear y refregarse los ojos con un pañuelo. Al preguntarle yo el motivo de su llanto me lanzó una mirada asesina y con un tono de infinita conmiseración me explicó que nadie mejor que ella para recordar a todos los familiares que ya habían partido para no volver y no podían disfrutar de ese nacimiento. Dichas estas palabras, rompió en sollozos estremecedores hundiendo la cabeza entre las manos.

Nos acompañaban también el Sr. y la Sra. Freyler, nuestros vecinos. Aunque vecinos es una palabra que no alcanza para designar el fuerte lazo que unía a mi adorada esposa y a mí con este encantador matrimonio. Por eso me había parecido absolutamente natural que nos acompañaran en este evento. No podía faltar la tía

² Cuento extraído del libro: *Psicoanalizar una familia* de Berenstein (1990, p. 21 y 22)

Berta, casi octogenaria, quien apenas enterada del advenimiento de mi primer vástago me había llamado por teléfono reconviniéndome por no haber sido llamada para oficiar de comadrona. No me resultó fácil explicarle que los tiempos habían cambiado y felizmente pareció quedar más o menos conforme cuando la invité a visitar al niño.

Aparte de este grupo, sólo se encontraban mi cuñada, la amiga íntima de mi esposa y, por supuesto, mi jefe. Cuando llegamos al piso en que se encontraba la habitación, una enfermera se nos acercó en forma amenazante. Yo le arrojé apresuradamente un enorme ramo de flores que traía y el resto aprovechó para introducirse en la habitación de mi amada esposa. Ella no se encontraba pero... ¡allí estaba mi hijo!

En realidad yo vi una cuna y una sábana celeste pero mi querida suegra gritó: -¡Allí está mi nieto! ¡Me está sonriendo! Es increíble, se ve que lleva mi sangre. Todos se abalanzaron sobre la pequeña cuna; yo intenté echar una mirada a mi primer hijo, pero fue en vano.

El Sr. y la Sra. Freyler dijeron en forma convincente que el niño era igual a mí. No puedo negar que una ola de orgullo paterno me cubrió por entero. En ese momento mi cuñada les contestó que eso era una estupidez porque el niño tenía los ojos intensamente azules igual que su madre.

Yo pugnaba por tener mi propia idea del asunto pero era imposible; estiré la cabeza lo máximo que pude, clavando el codo en una costilla de la tía Berta y alcancé a ver un pedacito de piel arrugada que no pude determinar a qué zona del cuerpo pertenecía.

Las lágrimas mojaron mis mejillas: -¡Ese niño lleva mi marca!

La tía Berta, que se acariciaba el costado, exigió silencio. Luego con voz grave sentenció: - Tiene el paladar del difunto tío Efraín, será escribano como él.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y una enfermera agitada exclamó: -¡Por fin! Van a disculpar pero este niño pertenece a la habitación de enfrente. Enseguida les traigo el de ustedes.

Realmente creo que cuando la sangre habla nunca se equivoca.

9. Referencias bibliográficas

- Anaut, M. (2007). Transmissions et secrets de famille: entre pathologie et créativité En *La revue internationale de l'éducation familiale* 2/2007 (n° 22), p. 27-42
Recuperado de: www.cairn.info/revue-la-revue-internationale-de-l-education-familiale-2007-2-page-27.htm
DOI: 10.3917/rief.022.0027
- Aulagnier, P. (1991). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu
- Auster, P. (2012). *Diarios de invierno*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Berenstein, I. (1990). *Psicoanalizar una familia*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Berenstein, I. (1991). Releyendo Familia y Estructura familiar: 10 años después. En I, Berenstein, G.K de Bianchi, R.C Gaspari, S.K de Gomel, J. Gutman, S Matus y M.C Rojas, *Familia e Inconsciente* (pp13-32). Buenos Aires: Editorial Paidós
- Berenstein, I. (1995). *Psicoanálisis de familia y pareja*. Psicoanálisis APdeBA - Vol. XVII - Nº 2.
Recuperado de: <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Berenstein1.pdf>
- Berenstein, I. (2001). *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Bleichmar, H. (1997). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Delucca, N. y Petriz, G. (2004). *La transmisión transgeneracional en las nuevas modalidades familiares*.
Recuperado de: www.fimte.fac.org.ar/doc/10petriz/10petriz05.doc
- Faimberg, H. (1996). El mito de Edipo revisitado. En R, Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp 167-185). Buenos Aires: Amorrortu

- Freud, S. (1986). Introducción del narcisismo. En Freud, S. *Obras completas* (2ª ed.) (Vol. 14, pp. 19-26). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1986). Tótem y Tabú. En Freud, S. *Obras completas* (2ª ed.) (Vol. 13, pp. 1-52). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1986). Psicología de las masas y análisis del Yo. En Freud, S. *Obras completas* (2ª ed.) (Vol. 18, pp. 17-39). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1986). Moisés y la religión monoteísta. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.23, pp. 1-40) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939).
- Gomel, S. (1991). Narcisismo, ideal e identificación en psicoanálisis de familia. En I, Berenstein, G.K de Bianchi, R.C Gaspari, S.K de Gomel, J. Gutman, S Matus y M.C Rojas, *Familia e Inconsciente* (pp 55-100). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gomel, S. (1997). *Transmisión generacional, Familia y Subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Lugar.
- Gomel, S. y Matus, S. (2011). *Conjeturas Psicopatológicas. Clínica Psicoanalítica de familia y pareja*. Buenos Aires: Psicolibros.
- Gutman, J y Gaspari, R. (1991). Función paterna. Dos modalidades de circulación: renuncia y cesión. En I, Berenstein, G.K de Bianchi, R.C Gaspari, S.K de Gomel, J. Gutman, S Matus y M.C Rojas, *Familia e Inconsciente* (pp 128-150). Buenos Aires: Editorial Paidós
- Jaroslavsky, E. (2008). Contrato Narcisista (P. Aulagnier- R. Kaës). *Revista Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 4 (1-4). Recuperado de <http://www.intersubjetividad.com.ar/website/articulop.asp?id=213&idioma=&idd=4>
- Kaës, R. (1996a). Introducción: el sujeto de la herencia. En R, Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp 13-27). Buenos Aires: Amorrortu.

- Kaës, R. (1996b). Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud. En R, Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp 31-72). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1998). La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo: Malestar en los vínculos* 1(179-197).
Recuperado de: <http://www.aappg.org/wp-content/uploads/1998-N%C2%BA1.pdf>
- Kasitzky, G. (1998). Consideraciones sobre la intersubjetividad. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo: Malestar en los vínculos* 1(15-27).
Recuperado de: <http://www.aappg.org/wp-content/uploads/1998-N%C2%BA1.pdf>
- Losso, R. y Packciarz, A. (2007). *La fantasía inconsciente compartida familiar de elaboración transgeneracional. Repetición transgeneracional. Elaboración transgeneracional.*
Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.com.ar/Losso/Tbjo.Losso.htm>
- Lacan, J. (1938). Introducción: La institución familiar. En *La Familia*. Buenos Aires: Editorial Argonauta
- Nussbaum, S. (2009). Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión transgeneracional.
Recuperado de: <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Nussbaum.pdf>
- Real Academia Española. (2016). *Diccionario de la lengua española*.
Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=bqStQuu>
- Rivero, V. (2014). *La magia de la vida*. (2da edición). Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Rojas, M.C. (1991). Fundamentos de la clínica familiar psicoanalítica. En I, Berenstein, G.K de Bianchi, R.C Gaspari, S.K de Gomel, J. Gutman, S Matus y M.C Rojas, *Familia e Inconsciente* (pp 152-200). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Rojas, M.C. (1998). Realidad psíquica, vincular y social. Funciones del lazo familiar. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo: Malestar en los vínculos* 1 (pp.117-130).

Recuperado de: <http://www.aappq.org/wp-content/uploads/1998-N%C2%BA1.pdf>

Rosenthal, C. y Marshall, V. (1988). *Generational Transmission of Family Ritual*.

Recuperado de:
https://www.researchgate.net/profile/Victor_Marshall/publication/232584786_Generational_Transmission_of_Family_Ritual/links/0912f50ca9e44874a6000000.pdf

Rotenberg, E. (2008). *La pieza de la cadena. Familia y transmisión*.

Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=9>